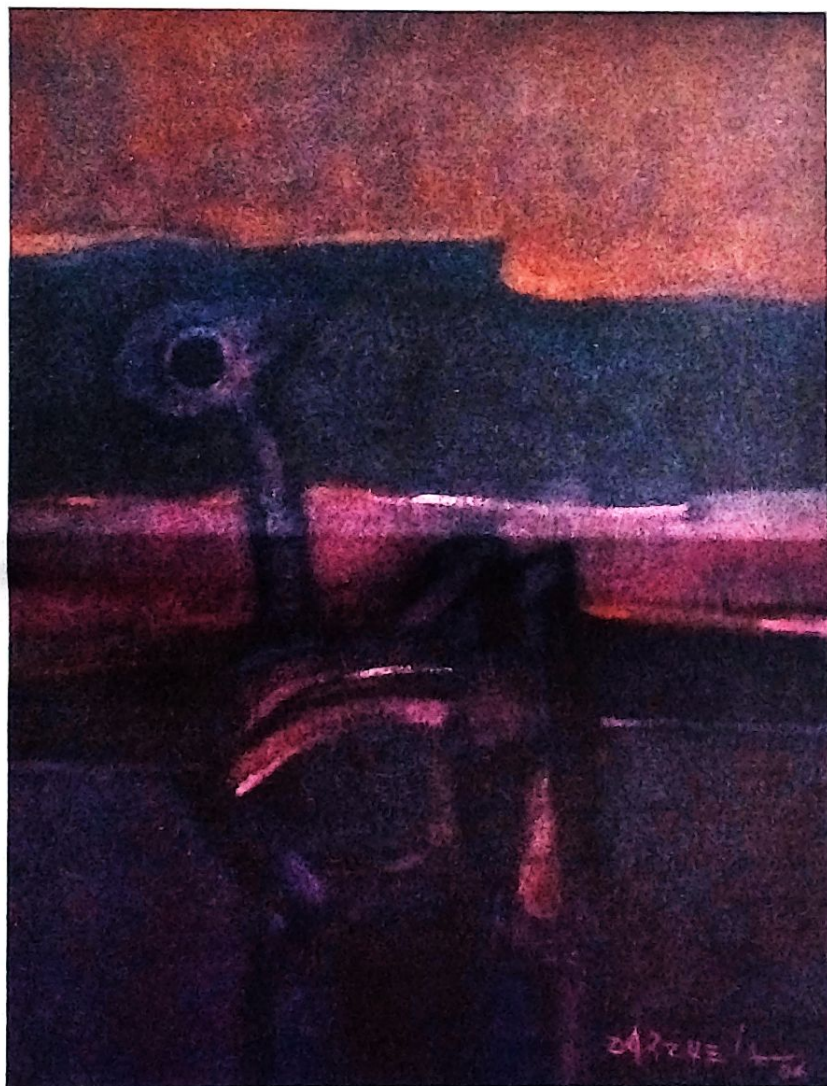




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



- James Joyce
- Isaac Bashevis
- HCF Mansilla
- Jorge Edwards
- Josep Barnadas
- Porfirio Díaz
- Francois Truffaut
- Carlos Fuentes
- María Soledad Quiroga
- Chenjerai Hove
- Adolfo Cáceres
- Joserme Murillo

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 655 Oruro, domingo 1 de julio de 2018





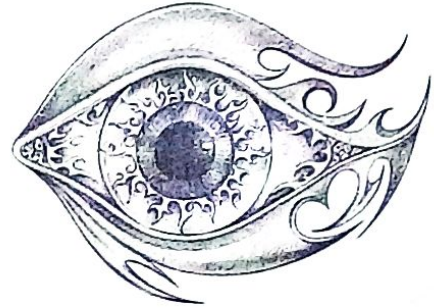
ERASMO ZARZUELA
SULLU
Oleo sobre tela 40X50

Palabras

Las palabras que leemos en la literatura de nuestro idioma son palabras heredadas, palabras venerables, que no debemos manejar a la ligera, sino que merecen de antemano nuestro respeto. Son señales indicadoras que mantienen la pureza de un idioma en sus cambios y avances, que enderezan su curso al igual que un camino, ampliándolo y mejorándolo a medida que avanza, sin permitir que se desvíe, pese a que de la vfa principal surgen numerosas ramificaciones que parecen de fácil recorrido.

James Joyce. Escritor Irlandés, 1882-1941.

Escribir un cuento



Para escribir un cuento necesito cumplir tres condiciones.

La primera es tener un tema, una historia con un inicio, una parte central y un final. No creo en la literatura en la que el escritor corta una rebanada de vida. Mientras que algunos grandes escritores han logrado hacer de su rebanada algo apetitoso para el paladar literario, la mayoría de esas rebanadas no saben a nada y son una aburrición para el lector.

La ficción moderna prácticamente desprecia al arte de narrar. Está tan interesada en describir al hombre interior que se olvida de decirnos cómo luce el hombre exterior, cómo es y qué está haciendo.

Los "sicologizadores" y "sociologizadores" de la ficción moderna han declarado la guerra al cuento, que para ellos es una institución pasada de moda.

Sigo creyendo que la misión de la escritura es contar una historia en la que haya tensión y en la que el lector ignore cuál será el final.

La segunda condición es que debo sentir pasión por la historia.

Algunas veces el tema es bueno, pero sin embargo me causa indiferencia. La indiferencia y el arte nunca van juntos: a los artistas siempre los obliga a trabajar una musa, un *dybbuk* o, incluso, el deseo de ganar dinero.

La tercera condición es la más importante.

Debe tener la certeza, o quizá la ilusión, de que soy el único escritor que podría escribir esa historia específica.

Una historia verdadera sólo puede escribirla un hombre.

Sólo Tolstoi pudo haber escrito *La muerte de Ivan Ilich*.

Si por un segundo imaginam que una historia mía podría escribirla otra persona, la desecharía.

Isaac Bashevis Singer. Polonia, 1904 – Estados Unidos, 1991.



 el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieLa@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

La cultura política en América Latina y las corrientes intelectuales de moda

H. C. F. Mansilla

La mayoría de las naciones latinoamericanas arrastran tradiciones autoritarias desde el pasado pre-ibérico y desde la época colonial, tradiciones que los regímenes populistas del presente revigorizan con notable virtuosismo. Los procesos incompletos de modernización fomentan la consolidación de los valores autoritarios de orientación política que provienen de los propios legados histórico-culturales. La mayoría de los procesos modernizadores puede ser calificada de parcial, pues estos han ocurrido sobre todo en los campos de la economía y la técnica y no en los ámbitos de la política y la cultura.

A partir del siglo XVI, en la entonces América hispana y particularmente en la región andina, México y América Central, se expandió una forma relativamente dogmática y retrógrada del legado cultural ibero-católico, que se destacó por su espíritu autoritario, burocrático y centralista en el ámbito institucional. Estas aseveraciones críticas no se refieren a la esfera de las artes plásticas y las letras, las que, como se sabe, tuvieron un inusitado florecimiento. La Iglesia católica no produjo ningún movimiento cismático; le faltaron la experiencia del *disenso interno* y la enriquecedora controversia teórica en torno a las últimas certidumbres dogmáticas. Debido a la enorme influencia que tuvo la Iglesia en los campos de la instrucción, la vida universitaria y la cultura en general, todo esto significó un obstáculo casi insuperable para el nacimiento de un espíritu crítico, científico y cosmopolita. Ha sido un catolicismo integrista y militante, pero simultáneamente una fe religiosa anti-intelectual, pobre en la producción de teología y filosofía, rica en la generación de artes plásticas y música. Ha sido, en suma, un sistema disperso de creencias, profuso en fiestas, procesiones, santos, milagros, experiencias místicas, vivencias extáticas, prácticas adivinatorias y rituales de todo tipo... y escaso en bienes intelectuales. Esta atmósfera colectivista de ritos y fiestas, con presencia de un misticismo atravesado de sensualismo elemental, no fue y no es proclive al surgimiento de una personalidad auto-centrada individualmente, que pueda guiarse por la llamada elección racional entre opciones de comportamiento y por el sopesamiento meditado de elementos pragmáticos en los campos ideológico, político y hasta propagandístico. En este ambiente básicamente religioso –aunque tenga la apariencia de un ámbito ya secularizado– surge el mito de la redención política mediante acciones casi siempre heroicas y revolucionarias, dirigidas por el hombre providencial, el gran caudillo. Distinguidos pensadores de muy diferente proveniencia ideológica –como Carlos Cullen, Enrique Dussel, Orlando Fals Borda, Ezequiel Martínez Estrada y Leopoldo Zea– han celebrado sus virtudes: los caudillos son vistos como los seres llamados por Dios (o por el destino) para corregir por cualquier medio a una sociedad que habría perdido sus genuinas normas de justicia. Ellos tienen el trágico destino de cargar con los pecados de su pueblo y, guiados por los imperativos de la tierra y por el genuino espíritu latinoamericano, cumplen con la sagrada misión de comba-

tir el "imperialismo" del Norte y sus valores de naturaleza egoísta y foránea.

En América Latina lo que gusta a las masas es una modernización técnica y económica, que paradójicamente mantenga una atmósfera cultural, política y familiar dentro de los valores convencionales y las rutinas que vienen de muy atrás. En este ambiente religioso surgen las opciones políticas autoritarias apoyadas también por las iglesias protestantes y pentecostales, como hoy se puede advertir en América Central. Curiosamente las posiciones de izquierda preservan esa mencionada combinación de modernización técnico-económica y atmósfera conservadora en política y cultura. Como señaló el historiador mexicano Enrique Krauze, la vocación redentora y revolucionaria se da en un continente que conserva "un celo apostólico y un espíritu de sacrificio propio de una cultura fundada en el siglo XVI por frailes misioneros".

En líneas muy generales se puede afirmar que la consciencia científico-crítica no ha podido llegar a los niveles que la harían realmente relevante dentro del contexto de la esfera productiva nacional y de las relaciones internacionales. Dicho con otras palabras: en América Latina esta consciencia sigue siendo el privilegio intelectual pero inefectivo de pocas personas y de grupos sin gran poder de decisión o influencia. La consciencia intelectual rutinaria no pone en duda su propia metodología y premisas teóricas y se reduce más bien a elaborar los procesos más rentables y adecuados para objetivos pre-establecidos, dejando a un lado la problemática de la trascendencia social y a largo plazo de su propia actividad. Llamo *modernidad imitativa* a los enormes esfuerzos que adoptan del llamado Primer Mundo las metas normativas obligatorias en los campos del progreso material, del consumo masivo y del fortalecimiento del Estado, pero que descuidan, a veces premeditadamente, lo que Max Weber y la Escuela de Frankfurt han denominado una racionalidad global, que incluya la dimensión de la cultura y el ámbito de la protección al medio ambiente. En una palabra: los "imitadores" quieren crecimiento y progreso, pero no les preocupa la democracia efectiva y la ecología. El anhelo del crecimiento y el desarrollo, el cual se lo anhela en el plazo más breve posible y a cualquier precio, hace aparecer la cuestión relativa a los costes humanos y sociales en general y a la protección del medio ambiente en particular como un aspecto secundario, como una tarea de inspiración foránea o como un mero lujo.

La mayoría de los latinoamericanos, independientemente de su origen geográfico, social, político o étnico, es rutinaria y convencional en su vida cotidiana y en sus valores de orientación, pero no es *conservacionista* en la acepción ecológica: no cuida de manera conveniente y efectiva los vulnerables suelos y paisajes y más bien se consagra con genuino denuedo a destruir la naturaleza y a dilapidar los recursos naturales. A este respecto las élites plutocráticas, los partidos izquierdistas, los movimientos indigenistas y las corrientes revolucionarias no se diferencian en nada del resto de la nación respectiva. Casi todos los grupos sociales contribuyen, a veces sin sospecharlo, a una verdadera catástrofe medio-amb-



biental. Todos tratan de ensanchar la frontera agrícola incendiando los bosques tropicales, lo que significa llevar el progreso a la selva. Prósperos empresarios y trabajadores modestos son por igual responsables de este desastre. ¿Desastre? En el fondo todos están contentos –salvo algunos cultivadores marginales afectados directamente por el incendio–, pues ahora el terreno puede ser utilizado de manera mucho más rentable y fácil. En América Latina una superficie desboscada por el fuego es económicamente mucho más valiosa que una cubierta aun por la incómoda selva. Parece existir una consciencia conservacionista sólo entre algunas tribus indígenas de los bosques tropicales, pero hasta esto es dudoso.

Las actuales corrientes predominantes en América Latina –las postmodernistas y relativistas– no han podido reducir el peso de la cultura política del autoritarismo. Mario Vargas Llosa dijo sobre los postmodernistas que estos han cultivado una vocación iconoclasta y provocadora que se volvía mero desplante intelectual, gesto desprovisto de seriedad. Tuvieron estos pensadores una propensión hacia el sofisma y el artificio intelectual. Es otra de las razones de la pérdida de autoridad de muchos pensadores de nuestro tiempo: no son serios, juegan con las ideas y las teorías como los malabaristas de los circos con los pañuelos y palitroques, que divierten y hasta maravillan pero no convencen. El relativismo axiológico que ha resultado de todo esto tiende a exhibir indiferencia ante la calidad intrínseca de los regímenes políticos y ante el sufrimiento concreto de los habitantes de sistemas populistas o autoritarios. Y lo más notable es que este proceso ha ido acompañado por la elaboración de ideologías justificatorias de la facticidad político-histórica del momento, tarea subalterna que ha sido llevada a cabo por algunos de los representantes más ilustres del pensamiento progresista del siglo XX y del relativista del siglo XXI, quienes estudian la inmensa relevancia de las redes

sociales y las utilizan con gran virtuosismo, pero otra cosa, mucho más grave, es ocultar la función a veces perversa de esas mismas redes, que impiden la formación de una opinión pública estable, crítica y razonable. El conformarse con las postverdades de estos autores es presuponer que la civilización del espectáculo y el sensacionalismo representan la última palabra de los esfuerzos teóricos.

El idioma alemán posee una notable expresión: la *consciencia crítica de problemas*. Hoy en día la filosofía, dice Jürgen Habermas, sólo puede subsistir en cuanto crítica, es decir como análisis del fundamento de toda creencia y como elemento reflexivo de toda actividad humana. Como "resistencia consciente contra los lugares comunes" y "obligación de no ceder ante la ingenuidad", el impulso crítico-filosófico, afirma Theodor W. Adorno, todavía puede brindar eminentes servicios a la humanidad, puesto que representa un estímulo contrario a la resignación generalizada y a las certezas convencionales de la época. No se trata, en el fondo, de construir un sistema de certezas sobre la evolución histórica de una parte de nuestro planeta, sino de cuestionar algunas certidumbres que se han sedimentado y consolidado en la mentalidad colectiva de muchas sociedades contemporáneas. Este impulso está opuesto a la actitud predominante hoy en día en los campos académicos e intelectuales, donde lo habitual es plegarse a la moda del momento con genuina devoción.

Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua.

La herida

* Jorge Edwards



Los muchachos trepaban al muro en una parte semide-rumbada, y avanzaban, con grandes precauciones, por la cima. Uno de ellos se aferró a las ramas de un árbol que estorbaban el paso, pero ante las violentas protestas de sus seguidores tuvo que continuar. Pronto las paredes de la casa lo ocultaron.

—¡La vuelta al mundo! ¡La vuelta al mundo! —gritaban, y las voces permanecían vibrando en la tarde aletargada, calorosa.

Tras mirar al suelo, melancólico, Pedro se lanzó por el tobogán. Cayó en el cuadrado de arena y se puso de pie, restregando sus manos. No todos habían partido al muro; algunos conversaban en pequeños grupos, o jugaban, o contemplaban, con lánguido ensimismamiento, algún punto vago del jardín. Don Ernesto, dueño de casa, y las señoras Amelia y Soledad, que ocupaban las sillas de lona de la galería, habían dirigido hacia él sus miradas. Maquinalmente comenzó a subir la escala de nuevo. Quizás en qué pensaba cuando propusieron la idea de recorrer el muro. El hecho es que, sin él darse cuenta, lo dejaron solo, y ahora resultaba humillante plegarse, sin una expresa invitación, a las filas. Era preferible fingir que continuaba en el tobogán por su propia voluntad.

Cuando estuvo arriba, vio el tejado de planchas oscuras, calcinadas por el calor. Los gritos llegaban desde lejos. Ninguna brisa, bajo el sol ardiente, removía el aire.

Pedro se sentó en la cumbre del tobogán. Los más avanzados de la fila fueron apareciendo. Caminaban silenciosos, cansados de gritar, y con mucha mayor soltura. Uno de ellos que había levantado la vista, la fijó en él fugazmente, sin parecer extrañarse de su aislamiento. Siguió caminando, con la vista clavada en el angosto sendero.

—¡No tengo nada que ver con ellos! —pensó Pedro, frunciendo los labios con furia—. ¡No debí venir a la fiesta!

Los primeros comenzaron a descender del muro. En grupos desiguales, se acercaron a la casa. Don Ernesto se hallaba tendido en la silla, con los pies cruzados y

entrelazadas las manos. Por su rostro extendíase una plácida sonrisa: —¡Ninguno se rompió algún hueso?

—¡No! ¡Ninguno!

—Díganle que no sigan. Ya es hora de que tomen té.

Los ojos de uno de los muchachos toparon sorprendidos a Pedro: —¿Qué haces ahí todavía?

—Nada. Es que me dio flojera seguirlos a ustedes.

—¡Bájate! Vamos a ir a tomar té.

Pedro lo miró sin contestar. Después de un momento, se dio un impulso, sintiendo, mientras caía, una sensación extraña y dolorosa en la mano izquierda, como si la hubiera herido algo caliente. Se puso de pie, sacudiéndose con la otra mano, y vio con asombro que la izquierda estaba cubierta de sangre.

—¡Miren! —exclamó—. ¡Miren lo que me hice!

Los que pasaban cerca se volvieron:

—¿Qué te pasó?

Se acercaron, curiosos, y un grupo cada vez mayor fue formándose alrededor de Pedro.

—¿Qué le pasó? —preguntaban.

—Seguro que fue un clavo salido...

—Claro. Seguramente...

—Eso ha sido —dijo Pedro con tranquilidad.

Escurriéndose por entre sus dedos, la sangre goteaba en la arena.

—A vez... Déjenme pasar. —Intimidados, los muchachos abrieron paso a don Ernesto. Las dos señoras se mantuvieron a prudente distancia, muy preocupadas, mientras inspeccionaba por ellas un señor corpulento y de bigotes.

—No es nada —les anunció el señor, después de un rápido vistazo.

La expresión de las señoras, sin embargo, era tensa.

—¿Cómo sale la sangre! —dijo alguien.

La visión de su sangre le había producido a Pedro una mezcla de inquietud y orgullo. Él era, de pronto, el personaje principal de aquella tarde.

La señora Soledad, que no había podido verlo hasta ese instante, contrajo los músculos faciales y se llevó una mano al mentón: —¡Está pálido como un muerto!

—Ven —dijo don Ernesto. Lo empujó suavemente por un hombro—. No es nada tu herida; un poco de yodo y se te sana.

Los muchachos lo dejaron pasar y aprovecharon para observar su mano con extremada atención. Él la llevaba en alto, para no mancharse con la sangre.

Al oír hablar de yodo, uno de ellos puso una expresión adolorida: —¡Eso arde como caballo!

Pedro sintió que sus piernas apenas podían sostenerlo. Se nublaba su vista. Ante la perspectiva del dolor, prefería, sin duda, que la herida no sanara tan luego. Caminó despacio, mientras el malestar amainaba.

—Bueno, niños —dijo don Ernesto, una vez que llegaron a la galería—. Ustedes sigan jugando, no más. No se preocupen de Pedro.

Lo hizo penetrar en un gran salón semioscuro y de agradable frescura; el calor del verano, al parecer, se había detenido en los umbrales.

—Por favor, Amelia —dijo, mirándola con aire profesional—. ¿Por qué no me traes un frasquito de yodo y un poco de algodón? Siéntate, Pedro —agregó en seguida—; después te voy a dar un coñac y vas a ver cómo te sientes mejor inmediatamente.

El malestar había disminuido, pero el corazón de Pedro palpitaba con fuerza increíble.

—¡Claro! —exclamó el señor de bigotes, como si hubiera aludido una de sus opiniones favoritas—; con el coñac se va a sentir como nuevo.

—¿Quieres que te traiga un poquito? —preguntó, desde atrás, la señora Soledad, que hasta ese mo-

mento guardaba un atento y circunspecto silencio.

—Por favor... ¿Por qué no traes una copa chica?

Pedro, también por orden de don Ernesto, se tendió en un diván, junto a un cojín negro bordado con hilo de diversos colores.

—¿Duele mucho el yodo? —preguntó, y su voz quería pedir indulgencia y, al mismo tiempo, pasar inadvertida.

—No —dijo don Ernesto—. ¡Qué te va a doler! Te arde un ratito, nada más.

Pedro se acomodó en el diván, pese a que las últimas palabras no lo tranquilizaron por completo.

La señora Amelia trajo un frasco muy pequeño y un pedazo de algodón.

Tomando el algodón, don Ernesto lo empapó en el yodo que le ofrecía la señora Amelia, y lo aplicó sin demora, con vigor, sobre la herida.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Bien... —dijo Pedro, colocando la copa de coñac encima de una mesa. Su rostro estaba rojo, y sentía, por todo el cuerpo, un calor reconfortante.

—Diles a los niños que vengan un rato, si quieren —dijo don Ernesto a la señora Amelia—. Mejor que este hombre aún descanse un poco.

Pedro sentía una sensación muy agradable; una profunda calma. Ni siquiera recordaba su exasperado sentimiento de soledad y humillación; ahora era como si todos giraran alrededor suyo.

Los muchachos comenzaron a entrar en la pieza en penumbra muy serios y en correcto orden. Poco a poco lo fueron rodeando.

—¿Cómo te sientes?

—Bien... —dijo él—. Me siento perfectamente.

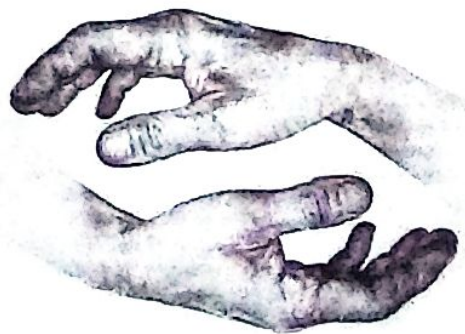
Los de atrás levantaban la cabeza, llenos de impaciencia por mirarlo. Transcurrieron momentos de embarazoso silencio.

—Bueno, entonces... Después ven al jardín. Nosotros vamos a estar allí hasta más tarde.

—Muy bien —dijo Pedro—. En el jardín nos juntamos... Y gracias por la visita... —Esbozó una sonrisa.

—¡Hasta más rato —dijeron ellos. Salieron lentamente, sin atropellarse, y se alejaron por un corredor. Luego Pedro los oyó precipitarse al jardín y resonaron sus gritos, confusos y lejanos. Él se sintió contento de tener que una de las señoras llegara, con el propósito de hacerle larga compañía. Los gritos, entretanto, de nuevo despreocupados e indiferentes, llegaban desde muy lejos, desde la cercanías del muro semiderruido.

* Jorge Edwards Valdés. Chile, 1931.
Escritor, abogado, periodista y diplomático.



El vigía insomne

Josep María Barnadas. Historiador boliviano-español (1941-2014), especializado en Historia Colonial boliviana. Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Los dos artículos que aparecen, forma parte de su libro "El vigía insomne" - 1994

DE UNA GRAVE TRIBULACIÓN DE LOS COMPRADORES DE LIBROS

Si la aparición de la imprenta significó una revolución para la transmisión y difusión de la cultura, en buena parte esto no habría sido posible sin el nacimiento de la forma concreta y moderna del librero, que le fue aparejada. Desde el siglo XV, por tanto, la librería ha venido desempeñando un papel crucial para la vida del libro y el acceso a él; este, además de otros, anexos, como el de acoger distinguidas o anónimas tertulias; o haberse constituido también en núcleo de distribución de noticias o papeles *subversivos* cuando no se podía hacer por caminos más públicos, etc.

Desde hace un tiempo más o menos largo, una serie de factores ha ido socavando el edificio levantando en torno a la comercialización del libro. Unas veces han sido las renovaciones urbanísticas de las ciudades las que han acabado con locales de rancia tradición; otras, en cambio, un linaje de libreros se ha interrumpido por factores de *fuerza mayor*, como la falta de sucesión o de amor al oficio en el más tierno retoño; las guerras y otros cataclismos históricos también han aportado con su grano de arena a hacer desaparecer de la faz de la tierra muy acreditadas firmas librerías.

Otro género muy diferente de causas va aparejado con las modernas tendencias generales en el mundo empresarial. Me refiero a los procesos de concentración, dejando malparadas a las pequeñas entidades. O la comprensión de los plazos de circulación del capital invertido en una edición, que han ido acortando el *ciclo de vida visible* de los libros; pero ha sido, sobre todo, la explosión incontrolable del número de los mismos títulos que se pisan los talones en su alocada e instantánea carrera entre la *novedad* y su retiro de la vista de los clientes.

¿Dónde está el librero que pueda darse el lujo de mantener unos depósitos faraónicos para alojar tantos millares de títulos? No existe. Ni siquiera restringiéndose al negocio especializado o al refugio del *libro serio*. Cada nuevo libro tiene derecho a unos pocos días de apretado asentamiento en escaparates o montones, en los interiores de librerías; luego, espera cierto tiempo en los limbos de las estanterías, hasta que otros más recientes acaban desalojándolo y expulsándolo.

Los efectos que todo ello tiene para este espécimen tan peculiar que es el comprador habitual de libros, son evidentes. Dicho en pocas palabras: cuando acude a una librería, no que sea de posita, para examinar algún título que últimamente ha llamado su atención, cada vez puede predecir con mayor seguridad que la respuesta que recibirá será más o menos esta: "En este momento no lo tenemos; pero lo podemos pedir y estará aquí en quince días" lo que no le dicen, porque ya va sobreentendido, es que si lo piden lo tendrá que comprar. En plata: ¿que tiene que comprar sin conocer la mercancía? Que es como firmar un cheque en blanco...

Y el pobre cliente no puede dejar de preguntarse: ¿para qué sirven las librerías, si cada vez son más numerosos los casos en que lo que ellas hacen ya puede hacerse uno mismo, escribiendo al editor y solicitando un determinado libro? Es decir, que los libreros están en el derecho camino de convertirse en un eslabón prescindible de la cadena que separa al autor del lector. Me dicen que en los Estados Unidos esta situación ya es la típica (como pude comprobar algo de ello hace más de diez años en Nueva York): los editores venden directamente al cliente final, eliminando la intermediación del librero. Por esta vía, acaso no esté lejos el día en que el librero habitual sea el *anticuario*, pues el lapso de tiempo de vigencia de las novedades se habrá acortado tanto, que los libros aparecidos el año anterior ya hayan pasado al dominio de los libreros de *viejo*. Y entonces, ¿recomenzaremos la historia?

Para consolarlos, aquí en Bolivia todavía no hemos entrado en este absurdo túnel. Falta para ello una condición fundamental: la producción no arrasa con la



muy recientes. Voy a señalar unas pocas, pues ya puede entenderse que no cabe la pretensión de exhaustividad.

¿Quién no ha oído alguna o muchas veces, yuxtapuestas, las dos palabras "aún, todavía"? se trata de dos sinónimos, que pueden tener carácter temporal o modal, en todo caso, basta con uno de los dos; nunca hacen falta ambos juntos. Y esto lo diga quien lo diga.

Algo parecido podría observarse de una muletilla que ha obtenido un éxito incomprensiblemente generalizado. Me refiero a frases como la siguiente: "hace cinco meses atrás". La incorrección reside en el recurso superfluo a dos construcciones: o bien nos

capacidad de almacenamiento. Pero nos resarcimos con otras dificultades propias: en Cochabamba no sabemos lo que sale en Sucre; y en Sucre tampoco nos enteramos de lo que se publica en Santa Cruz; para no hablar de Tarija o Potosí, donde cualquier libro llega a este mundo con la etiqueta de esotérico. (julio 10 de 1993)

DIVAGACIONES LINGÜÍSTICAS

Viviendo como vivimos en una época *mediatificada*, el uso de la lengua —de cualquier lengua que exista en esas condiciones— se ha tomado sumamente vulnerable a los efectos multiplicadores de todas las emisiones lingüísticas procedentes de los mentados medios de comunicación de masa. Quiero decir que la *autoridad* de que está investido quienquiera disponga de espacio/tiempo de emisión es, en la actualidad, enorme; y que, por tanto, el carácter benéfico o deformante de su influencia no depende de otra cosa que de su propio contenido. En cambio, lo que está fuera de toda discusión es que su influjo resulta determinante para miles y miles de hablantes (pero antes: oyentes).

Si no fuera así, uno podría hacerse el sordo a propósito de una serie de construcciones o locuciones que han tomado carta de ciudadanía entre nosotros; y algunas, desde fechas

recientes por decir "hace cinco meses" o bien preferimos la construcción "cinco meses atrás". Una y otra son igualmente correctas e impecables; pero no lo es su reunión, sobrante.

Un tercer pleonismo innecesario aparece en la construcción "pero sin embargo", también muy socorrida en cualquier tipo de hablantes y de emisores. Son dos conjunciones adversativas, que cumplen la misma función; luego cada una se basta y sobra por sí misma, sin que haga falta reunir sus fuerzas.

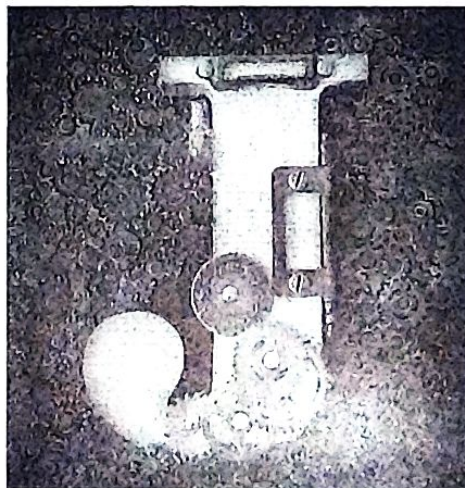
Que pululen estos *excesos* semánticos y sintácticos denuncia una realidad que considero grave; y no por sí misma, sino por su valor de indicio: la pérdida del sentido y de la función de cada término; el que cualquier lengua disponga de diversas alternativas, más o menos equivalentes, para expresar lo que se desea expresar, no quiere decir que haya que recurrir a toda la batería léxica para construir una frase.

Hay, también muy frecuente, una forma de construir el adjetivo de lugar "dentro" que infringe asimismo las exigencias intrínsecas del español: se dice con demasiada frecuencia "dentro cuatro meses" o "dentro el marco de la ley"; lo incorrecto, aquí, no es la sobra sino la falta de un elemento: la preposición "de", con la que las frases propuestas se transforman en las otras siguientes: "dentro de cuatro meses" y "dentro del marco de la ley".

Ya a título casi de simple curiosidad, uno se pregunta qué idea se había hecho de la lengua quien acuñó aquella desagradabilísima etiqueta, tan habitual por referirse a la genial y efímera obra del Mariscal Andrés de Santa Cruz, que nos habla de la Confederación "Perú-Boliviana", el lugar de construir como Dios manda los dos adjetivos calificativos, en cuyo caso hablaríamos de la "Confederación Peruano-Boliviana" (o *Boliviano-Peruana*). Si uno quiere empeñarse en hablar de "Perú", entonces que le rebautice con el nombre de "Confederación (de) Peri-Bolivia". Que esta malformación va más allá de la confederación crucista, lo demuestra el título del libro de J. Durand, que reza *Etimología Perú-Boliviana*, publicado en La Paz el año 1920.

Todos estos casos merecerían una decidida campaña correctiva por parte de los mismos medios de comunicación que tanto han contribuido a su desgraciada difusión; lo mismo cabría decir de maestros y profesores. ¿O tenemos que resignarnos a que estos poderosos difusores sólo contribuyan al descastamiento del habla?

(septiembre 11 de 1993)





Juan Francisco Bedregal: *La pereza,*

* Porfirio Díaz Machicao

I
Me hago presente en esta página, invocando el espíritu de Bedregal en sus tres fases primordiales: la pereza, la gracia y la ironía. Todo su volumen humano estaba encerrado en los tres lados de ese triángulo que hizo de él una figura magnífica de caballero andante de nuestra literatura. En otro ambiente, se habría equiparado, tal vez, a Ramón del Valle Inclán. Pero él se quedó, modestamente, con el monóculo pintoresco, en la muy señorial cuenca de su tierra natal, La Paz, en donde fue delicia de quienes le conocieron.

Muchas veces he meditado, con entera decisión, en lo que significa la pereza. Para definirla habría que seguir la espiral de una molición interpretativa, un marco dulce, como un veneno heroico, que culmina con la inanición. Pero, comencemos por decir que la pereza es, por brillante paradoja, la mecánica activa del pensamiento. La quietud es fuente creadora. El producto es hijo legítimo de la contemplación.

Don Juan Francisco Bedregal fue un varón de letras demasiado cómodo. Gustábase gravitar en la serena y productiva pereza, aun cuando fuera con el escándalo de su propia conciencia. Digo mal: no es la conciencia la que interviene en estas citas. Con grave escándalo de la incompreensión circundante, diré mejor. Solía reposar largamente, delante de la cátedra, en la quietud del hogar y hasta en el ritmo de su andar cauteloso. ¡Cuántas veces le vimos gozar de la fruición incomparable de ese premio altiplánico que es el sol de La Paz!

Pero hablemos del tema de este primer capítulo sin demasiados justificativos. Los hombres de letras constituyen signos de interpretación. Bedregal fue un divino perezoso, dueño y señor del estupendo recurso de hacer callar hasta a los relojes para dar paso a la fuerza avasalladora del temperamento. De esta manera delineó su figura y su personalidad en el pandemonium de los círculos literarios de nuestro país.

Recordémele, pisando y pasando por las calles de torrentera de Nuestra Señora de La Paz, irrumpiendo con su volumen abacial, el rostro entre admirativo y triste, los ojos con un dejo de lágrimas, el chambergo colocado con elegante desgarro, el bastón y los guantes, parecía que aquel hombre fuese ex profesamente un abad llamado a tocar las campanas del descanso en el convento sagrado de la ciudad.

Este juicio mío no tiene falla —porque no lleva en sí equivocada tendencia al manifestarse—. Viene en mi apoyo el precioso decir de Gregorio Reynolds en sus sonetos a la memoria Bedregal:

“...un poco tarambana y haragana,
como la vida mía, fue su vida”.

Como quiera que yo, caros amigos, conozco los secretos inviolables de la haraganería y sé que muchas veces el desorden nos abrió las puertas de la tristeza, pudo nomás officiar tranquilamente la primera parte de esta misma sensual de la pereza. Ya podéis, pues, aceptar mi Evangelio. Llevo el hábito “tarambana y haragón” y toda la cofradía ha de arrodillarse conmigo en este recordatorio resignado de la gran estampa lírica de nuestro Maestro, Don Juan Francisco Bedregal.

Juan Francisco Bedregal. La Paz, 1883 - Cochabamba, 1944. Abogado, escritor, poeta, narrador y crítico ensayista. Como correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, fundó la Academia Boliviana de la Lengua, siendo su primer presidente. Presidió la Fundación Universitaria Patiño. Fue catedrático y rector de la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz. Obras. Ensayo: *La Máscara de Estuco* (1924) y *Estudio sintético de la literatura boliviana* (1925). Narrativa: *Figuras Animadas* (1924) de fondo filosófico, entre los que plasma una evocación cervantina titulada “Don Quijote en la ciudad de La Paz”.

II
Pasemos a la gracia.

Hace algunos días, cuando murió Bedregal, mi diario, en una nota muy seria, decía que este hombre era como una flor que la ciudad llevaba en el ojal de la solapa.

Ratifico el criterio aquel, si recuerdo perfectamente que todos le teníamos como el mejor adorno espiritual de la gallarda aldea. Su cátedra estuvo en los luminosos paseos de la Alameda donde antes teníamos palomas y cisnes y leíamos los versos de Rubén Darfo. Y veíamos pasar la venerable persona de Don Rosendo Villalobos, poeta coronado. O la de

José Eduardo Guerra que, entonces, usaba unas luengas barbas que eran el prestigio de nuestro instituto de Filosofía y Letras. Nuestra alameda de La Paz está como si alguien se hubiera llevado el ornamento de ella: Don Juan Francisco.

Ahora, pensad, buenos amigos, que sobre el sol en el Prado. Bedregal no está con él, con su aire zumbón y ácido, hablando de las cosas, interpretándolas con reglas de una sociología muy particular, modo “*sui generis*” de emplear el calificativo, haciendo resaltar el concepto fondo de una fundamental filosofía en medio de la chingota audaz o del decir

serpenteante. Bedregal tenía gracia para opinar y jamás su cátedra estuvo vacía de gentes. Su prosodia era singularmente atractiva porque sus palabras tenían el canto juguetón de quien confunde la armonía con el dolor, la protesta con la socarronería y deja en el espíritu el tableteo de la mordacidad. Al despedirse de él las gentes no podían dejar de propalar sus dichos: —¡Hace un momento Bedregal expresaba que...!

Y la gracia admirable de aquel estupendo animador criollo rebasaba el contenido de la popularidad.

¿No le conocéis? Era aquel hombre del monóculo, circular, triunfante en la curva y el peso. Aquel amable charlador que podía cautivar la atención de salones parlamentarios, universidades y tabernas. Era el caballero integral que ha habido concertado en su alma la cita de la pereza, la gracia y la ironía.

¿No le habéis oído? Era aquel señor que preguntaba interesadísimo por la suerte de los muchachos que había educado en colegios, institutos y universidades. Era aquel buen señor que hizo, por sobre todas las cosas, la máxima gracia de ser un buen amigo: noble, caballeroso, firme en el afecto y radicalmente honesto para distribuir la excelencia de sus apreciaciones. Era aquel caballero de los mostetes y el monóculo, aquel que llamaba la atención por su continente y su contenido.



la gracia y la ironía



Juan Francisco Bedregal

velación no reconoce límite y en donde el Sargento Mamani cree necesario ponerse a ras de gloria con el Gran Mariscal de Ayacucho? La ironía.

¿Qué puede producir, en arte y literatura, un pequeño mundo en el cual se juega al fútbol con el pensamiento? La ironía.

Sí, caros amigos. Pertenecemos a un universo forjado de lo contradictorio, en donde la máxima expresión del pensamiento tiene que ser lo irónico. Y sabéis que en este término confluye el equilibrio del sarcasmo y de la tristeza, del dolor y de la risa.

Juan Francisco Bedregal nos ha dejado el lineamiento de una filosofía de amables y cáusticas expresiones. Pudo ahondar más y más en nuestra vida. Pero, inteligente y bondadoso, ha preferido dejarle el tono de la protesta al gran señor de la misma: Don Alcides Arguedas.

La verdad, yo no tengo la suficiente cultura capaz de interpretar los hechos sociológicos. No sé Historia, carezco de conocimiento y apenas si mi criterio es producto de una espontaneidad que me acompaña débilmente en estas tareas del homenaje a los hombres que he estimado por sobre todas las cosas. Es por eso que, humildemente reconfortado, prefiero refugiarme en la honda admiración que profeso por mis buenos amigos: lo mismo por Bedregal que Guerra; por Antonio José de Sainz que Ortiz Pacheco; por Gregorio Reynolds que Juan Capriles.

En esta virtud, pongo el cintillo de luto sobre la ironía aprendida de los maestros para presentarme a oficiar esta charla que ha procurado mantenerse serena y justa, espontánea y cordial, sobre el meridiano oscurecido por la muerte que cobija a Juan Francisco Bedregal.

Mi espíritu penetra en la tiniebla y espera también, como el suyo no retornar un día de la calma, inequívoca y sin sonrisas, de la muerte.

* Porfirio Díaz Machicao. La Paz, 1909-1981.
Escritor, periodista, biógrafo e historiador.
De: "El Ateneo de los Muertos" 1956.



Su ausencia en La Paz ha de ser siempre llorada. ¿Dónde está el señor que retornaba, a la hora del meridiano, rodeado de políticos, estudiantes, financieros y hasta frailes, de la Universidad al hogar? ¿Dónde está el caballero de gracia cuyas palabras quedaban impresionando permanentemente el ánimo porque rasgaban la oscuridad y rompían la telaraña de las cosas establecidas?

No lamentéis, sin embargo. No se ha perdido. Porque fue hombre que, pese a sí mismo, estaba ganando la posteridad por fuerza de su propia Destino.

III

En un ambiente que deja gravitar la tristeza indígena, la indecisión mestiza y la fuerza telúrica del medio, lo exquisitamente logrado, dentro del temperamento, tenía que ser la ironía. Bedregal fue su expresión constante y permanente. En las páginas de "La máscara de estuco" las apreciaciones son de tono doloroso, por lo profundamente irónicas.

¿Qué puede producir un ambiente torvo y bravo como el nuestro? La ironía.

¿Qué puede producir un medio equivocado en el cual la selección se hace a la inversa y asciende la estolidez humana con preferencia del talento y de la personalidad? La ironía.

¿Qué puede producir, en política, un ambiente en el cual la ansiedad de ni-



Federico Fellini: "Ocho y medio"

Ocho y medio de Federico Fellini (Italia, 1920-1993) es una película francoitaliana de 1963 de género dramático y una de las cintas más conocidas del realizador. Está considerada por la crítica cinematográfica como una de los mejores filmes que se han hecho jamás.

Las películas sobre la medicina horrorizan a los médicos, las películas de aviación exasperan a los aviadores, pero Federico Fellini ha logrado contentar a la gente de cine con Ocho y medio, que tiene por tema la dificultosa preñez de un director antes de iniciar el rodaje.

Fellini presenta al director de cine, en primer lugar, como un hombre al que desde la mañana hasta la noche todo el mundo molesta haciéndole preguntas que no sabe, no quiere o no puede contestar.

En su cabeza bullen sugerencias diversas, impresiones, sensaciones, deseos vagos, y se le exige que dé seguridades, nombres concretos, cifras exactas, indicaciones de lugar y tiempo.

A todo el mundo le cae bien el escepticismo de su cuñada: "¿Cómo te van las cosas, fantasma?"

Pero a él le deja hundido.

La única forma de vengarse de ella es incorporarla a sus ensoñaciones eróticas, por ejemplo, a la del harem, donde comparte un lugar con la bella desconocida que nosotros, espectadores, habíamos entrevistado telefoneando desde el hall del hotel, y que, lo juraríamos Mastroianni-Guido ni siquiera había advertido.

Todas las torturas que pueden mirar la energía de un director antes del rodaje son enumeradas cuidadosamente en esta crónica que viene ser a la preparación de una película lo que era *Rififi* a la preparación de un robo.

Siempre hay actrices que quieren saber más detalles, enseguida, "para poder vivir mejor el personaje", un decorador que pregunta: "¿Dónde ponemos la chimenea?". Un coguionista pretencioso, literario, que no se entera de nada, y por último, un productor paternal de una paciencia y una seguridad tales que aumentan la angustia de Guido.

Los directores que han sido en mayor o menor grado actores, los actores que han trabajado en el circo, los cineastas que han sido guionistas, los que saben dibujar, todos estos, por lo general, tienen "un algo más".

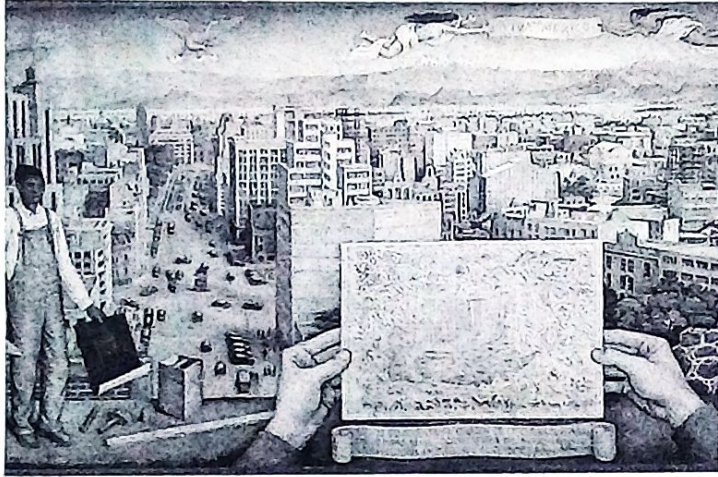
Fellini ha sido actor, guionista, hombre de circo, dibujante.

Su película es completa, simple, bella y sincera como la que quiere rodar Guido en *Ocho y medio*.

Francois Truffaut. Francia, 1932-1984.
Director de cine, actor y guionista.
En: "Las películas de mi vida"-1976.

Las mañanitas

* Carlos Fuentes



(Fragmento)

Antes, México era una ciudad con noches llenas de mañanas. A las dos de la madrugada, cuando Federico Silva salía al balcón de su casa en la calle Córdoba antes de acostarse, ya era posible oler la tierra mojada del siguiente día, respirar el perfume de las jacarandas y sentir muy cerca los volcanes.

El alba todo lo aproximaba, montañas y bosques. Federico Silva cerraba los ojos para aspirar mejor ese olor único del amanecer en México; el rastro súpido, verde de los légamos olvidados de la laguna. Oler esto era como oler la primera mañana. Sólo quienes saben recuperar así el lago desaparecido conocen de veras esta ciudad, se decía Federico Silva.

Eso era antes. Ahora su casa quedaba a una cuadra de la gigantesca plaza a desnivel del metro de Insurgentes. Algún arquitecto amigo suyo había comparado ese cruce anárquico de calles y avenidas -Insurgente, Chapultepec, Génova, Amberes, Jalapa- a la Plaza de la Estrella en París y Federico Silva ya había reído mucho. El cruce de Insurgentes, más bien, era como un portavianda urbano: una vía alta, a veces más alta que las azoteas vecinas, por donde corren los automóviles, luego las calles cerradas por mojonos y cadenas, después las escaleras y túneles que comunican con la plazoleta interna llena de restaurantes de mariscos y expendios de tacos, vendedores ambulantes, mendigos y trovadores callejeros; y estudiantes, esa cantidad salvaje de jóvenes, sentados comiendo tortas compuestas, chillando y mirando el paso lento del smog mientras el bolero les limpia los zapatos, chuleando y alburcando a las muchachas de minifalda, chuparritas, nalgonas, de piernas flacas; la jipiza, plumas, párpados azules, bocas espolvoreadas de plata, chalecos de cuero y nada debajo, cade-

nas, collares. Y finalmente la entrada al metro: la boca del infierno.

Le mataron sus noches llenas de amanecer. Su barrio se volvió irrespirable, intransitable. Entre los miserables lujos de la Zona Rosa, patético escenario cosmopolita de una gigantesca aldea y el desesperado aunque inútil intento de gracia residencial de la Colonia Roma, le habían abierto a Federico Silva esa zanja infernal, insalvable, ese río Estigio de vapores etílicos que circulaba en torno al molino humano de la plazoleta, cientos de jóvenes chillando, mirando pasar el smog, dándose grasa, esperando allí sentados en esa especie de platillo sucio que es la redonda y hundida plaza de cemento. El platillo de una taza de chocolate frío, grasoso y derramado.

-Qué infamia -decía con voz impotente-, pensar que era una ciudad chiquita y linda de colores pastel. Podía uno caminar del Zócalo a Chapultepec sin perderse nada: gobierno, diversión, amistad o amor.

Era una de sus tantas cantinelas de viejo solterón, aferrado a cosas olvidadas que a nadie le interesaban más que a él. Sus amigos, Perico y el Marqués, le decían que no fuera terco. Mientras no se moría su mamá (y mira

que tardó en morirse la santa señora) estaba bien que respetara la tradición familiar y mantuviera la casa de la calle de Córdoba. Pero ahora, ¿para qué? Recibió magníficos ofrecimientos de compra, el mercado alcanzaría su tope y debía aprovechar el momento. Lo sabía mejor que nadie, él mismo era rentista, vivía de eso, de la especulación.

Luego pretendieron forzarle la mano construyéndole en cada costado de su propiedad un edificio alto; dízque moderno, porque Federico Silva decía que sólo es moderno lo que dura para siempre, no lo que se construye de prisa para que se descascare a los dos años y se venga abajo a los diez. Le daba vergüenza que un país de iglesias y pirámides edificadas para la eternidad acabara conformándose con una ciudad de cartón, caliche y caca.

Lo encajaron, lo sofocaron, le quitaron el sol y el aire, los ojos y el olfato. Y en cambio, le retacaron las orejas de ruidos. Su casa, aprisionada entre las dos torres de cemento y vidrio, sufrió sin comerlos ni beberlos el desnivel del terreno, las cuarteaduras de la presión excesiva. Una tarde se le cayó una moneda mientras se vestía para salir y la vio rodar hasta topar con pared. Antes, en esta misma recámara, había jugado a los soldados, había dispuesto batallas históricas, Austerlitz, Waterloo hasta un Trafalgar en su tina de baño. Ahora no la podía llenar porque el agua se desbordaba del lado inclinado de la casa.

-Es como vivir dentro de la Torre de Pisa, pero sin ningún prestigio. Ayer nada más me cayó caliche en la cabeza mientras me rasuraba y toda la pared del baño está cuarteada. ¿Cuándo entenderán que el subsuelo esponjoso no resiste la injuria de los rascacielos?

No era una casa verdaderamente antigua,

sino uno de esos hoteles particulares, de supuesta inspiración francesa, que se levantaron a principios de siglo y dejaron de hacerse por los años veinte. Más parecida, en verdad, a ciertas villas españolas o italianas de techos planos caprichosos simetrías de piedra en torno a pálidos estucos y escalinata de entrada a una planta de recepción elevada, alejada de la humedad del subsuelo.

Y el jardín, un jardín umbrío, húmedo, solaz de las calurosas mañanas del altiplano, recolectó, en el que se reunió sin pena, todas las noches, los perfumes de la mañana siguiente. Qué lujo: dos grandes palmeras, un caminito de grava, un reloj de sol, una banca de fierro pintada de verde, un borbotón de agua canalizada hacia los lechos de violeta. Con qué rencor miraba esos ridículos vidrios verdes con que los edificios nuevos se defendían del antiguo sol mexicano. Más sabios, los conquistadores españoles entendieron la importancia de la sombra conventual, los patios frescos. ¿Cómo no iba a defender todo esto contra la agresión de una ciudad que primero fue su amiga y ahora resultó ser su más feroz enemiga? De él, de Federico Silva, llamado por sus amigos el Mandarín.

Es que sus rasgos orientales eran tan marcados que hacían olvidar la máscara indígena que los sostenía. Sucede con muchos rostros mexicanos: esconden los estigmas y accidentes de la historia conocida y revelan el primer rostro, el que llegó de la tundra y las montañas mongólicas. De esta manera, la cara de Federico Silva era como el perdido perfume de la antigua laguna de México: un recuerdo sensible, casi un fantasma.

Muy circunspecto, muy limpio, muy arreglado y pequeño, dueño de esa máscara incommovible y con el pelo eternamente negro, que parecía teñido. Pero ya no tenía los dientes blancos, fuertes y eternos de sus antepasados, debido al cambio de dieta. Pero el pelo negro sí, a pesar de la dieta distinta. Se iban agotando, para las generaciones que la abandonaban, las fuerzas esenciales del chile, el frijol y la tortilla, calcio y vitaminas suficientes para los que comen poco. Ahora miraba en la maldita Glorieta que parece una taza sucia a los jóvenes comiendo pura porquería, aguas gaseosas y caramelos sintéticos y papas fritas en bolsa de celofán, la comida-basura del norte, más la comida-lepra del sur: la triquina, la amiba, el microbio omnipotente en cada chuleta de cerdo, agua de tamarindo y rábano desmayado.

Cómo no iba a mantener, en medio de tantas cosas feas, su pequeño oasis de belleza, su personalísimo Edén que nadie le envidiaría. Voluntaria, conscientemente se había quedado a la vera de todos los caminos. Miraba pasar la caravana de las modas. Se reservó una de tantas, era cierto. Pero fue la que él escogió y conservó. Cuando



Viene de la pág. 8

esa moda dejó de serlo, él la mantuvo, la cultivó y la aisló del gusto inconstante. Así, su moda nunca pasó de moda. Igual que sus trajes, sus sombreros, sus bastones, sus botas chinas, los elegantísimos botines de cuero para sus pequeñísimos pies orientales, los sutiles guantes de cabritillo para sus minúsculas manos de mandarín.

Pasó esto durante muchísimos años, desde principios de los cuarenta, mientras esperaba que su madre se muriera y le dejara la herencia y él, a su vez, se fuera muriendo solo, en paz, como quería, solo en su casa, libre al fin de la carga de su madre, tan vanidosa, tan excesiva y al mismo tiempo tan ruin, tal polveada, tan pintada y tan empujada hasta el último día. Los maquillistas de la agencia fúnebre se dieron gusto. Obligados a proporcionarle un aspecto más fresco y rozagante en la muerte que en la vida, acabaron por presentarle a Federico Silva, orgullosamente, una caricatura delirante, una momia barnizada. Él la vio y ordenó cerrar para siempre el féretro.

Se reunieron muchísimos familiares y amigos los días del velorio y el sepelio de doña Felicitas Fernández de Silva. Gente discreta y distinguida que los demás llaman aristocracia, como si semejante cosa, opinaba Federico Silva, fuese posible en una colonia de ultramar conquistada por prófugos, tinterillos, molineros y porquerizos.

—Contentémonos —le decía a su vieja amiga María de los Ángeles Negrete—, con ser lo que somos, una clase media alta que, a pesar de todos los torbellinos históricos, ha logrado conservar a lo largo del tiempo un ingreso confortable.

El más antiguo nombre de esta compañía hizo fortuna en el siglo XVII, el más reciente, fundó la suya antes de 1910. Una ley no escrita excluía del grupo a los nuevos ricos de la revolución pero admitía a quienes, damnificados por la guerra civil, después aprovecharon a la revolución para recuperar su standing. Pero lo normal, lo decente, era haber sido rico lo mismo durante la Colonia que durante el Imperio que durante las dictaduras republicanas. El solar del Marqués de Casa Cobos databa de tiempos del Virrey O'Donoghú y su abuelita fue dama de compañía de la emperatriz Carlota; los antepasados de Perico Aruz fueron ministros de Santa Ana y Porfirio Díaz; y Federico, por lo Fernández, descendía de un edecán de Maximiliano y, por lo Silva, de un magistrado de Lerdo de Tejada. Prueba de estirpe, prueba de clase mantenida por encima de los vaivenes políticos de un país tan dado a las sorpresas, tan dormido un día, tan alborotado al siguiente.

Todos los sábados se reunía a jugar mah-jong con sus amigos y el Marqués le decía:

—No te preocupes, Federico. Por más que nos choque, debemos admitir que la revolución domesticó para siempre a México.

No habían visto los ojos de resentimientos, los tigres enjaulados dentro de los cuerpos nerviosos a todos esos jóvenes sentados allí, mirando pasar el smog.

Carlos Fuentes Macías. México, 1928-2012. Escritor, novelista y diplomático.

Zoología fantástica

EL MONSTRUO ARENISCA

Este extraño ser, mitad hombre y mitad desierto, es nómada. Habita cualquier espacio lo suficientemente extenso para contenerlo.

La parte superior es la de un hombre robusto y barbado, y del ombligo hacia abajo se dispersa en innumerables arenas que lo hacen vastísimo.

Algunos autores refieren que es ciego a causa de las continuas tormentas de arena, otros le atribuyen el uso de una escafandra para proteger sus ojos, y otros ríen ante tamaña ingenuidad, señalando la enorme distancia que media entre la parte superior de la cabeza de este ser y su cuerpo de arena (dos o tres kilómetros, como mínimo) lo cual lo libraría del peligro del enneguecimiento.

Pese a sus dimensiones colosales, el hombre arenisca ha sido avistado en contadas ocasiones, debido probablemente a su inveterado nomadismo que lo hace desplazarse con la rapidez del viento sobre la arena.

EL ASTRÁGALO A LEÑA

Se ignora el origen de su nombre, aunque probablemente se deba a su forma de anillo y a su rara costumbre de abrazarse a las columnas. Se alimenta exclusivamente con leña verde, que consume con gran voracidad. Al anochecer, del centro de su cuerpo anular surge una débil llama amarillenta que permanece brillando hasta el amanecer.

En la antigüedad era frecuente observarlo surcando el Mediterráneo con su pequeña llama desafiante. En el siglo VI a.C. se lo vio por última vez. Al parecer se aventuró en el Ponto Euxino donde una tormenta logró volcarlo y mojar la mecha. Se dice que, desconsolado, permaneció abrazado a la columna de un templo durante todo el invierno sin probar un bocado de leña, hasta que se consumió por completo.

EL DACTILO CARCAJ

Es un carcaj con doce dedos a manera de flechas. Las flechas se disparan contra un blanco móvil y, en su ausencia, contra lo que se encuentre al frente, cada dieciocho horas. El sonido de la flauta dulce contribuye al incesante crecimiento de nuevos dedos, mientras que el eco actúa como freno, permitiendo que se estabilicen en doce.

El disparo de flechas no es un movimiento voluntario, se trata, más bien, de un reflejo que responde a la profunda necesidad de comunicación del dactilo carcaj.

Cuando percibe la presencia de un animal o de un ser huma-

no, se activa el mecanismo que dispara las flechas. Es importante aclarar que las flechas no hieren, algunos testigos aseguran que generan una sensación de calor más bien agradable, que se disipa al cabo de unos minutos.

El dactilo carcaj es extremadamente sensible. En una ocasión en que uno de los dedos-flecha pareció herir a un hombre, se castigó a sí mismo recluyéndose en un baño público y disparando las flechas contra su imagen reflejada en el espejo.

LA MUJER ARMARIO

La mujer armario es una criatura sumamente práctica. Su gracioso cuerpo cuenta con doce cajoncitos muy bien distribuidos. Congruente con su conformación física, posee un amable espíritu de servicio que la lleva a introducirse subrepticamente en las habitaciones para permanecer horas y horas inmóvil entre mesas y sillas. Así, es frecuente que un ama de casa atareada o un estudiante distraído abra uno de los cajoncitos para guardar un carrete de hilo o la carta que acaba de recibir. Y así también ocurre que la mujer armario, respondiendo a su naturaleza voluble, sale de la casa y se echa a andar hacia los bosques o detrás de un carrito de helados, y deja a uno y otro sin sus valiosos objetos.

Su larga cabellera oculta su verdadera identidad y le confiere un aspecto algo vulgar, pero basta que se recoja el pelo o se ría, para revelar su talento. El estremecimiento de la risa hace que los cajoncitos se abran aunque nadie desee depositar nada en ellos.

La mitología griega la presenta como asistente de las musas, a quienes presta una apreciable ayuda al brindarles un espacio seguro para depositar sus ideas, en tanto aparece alguien susceptible de inspirarse. Carreño a menciona como ejemplo del espíritu servicial que debe tener toda dama que se precie de tal; y un famoso banquero la reconoce como pionera de las cajas de seguridad.

María S. Quiroga Trigo. Chile, 1957.
Escritora y socióloga,
de nacionalidad boliviana.



C henjerai Hove

Chenjerai Hove. Zimbabwe, 1956-2015. Periodista, profesor, novelista, ensayista y poeta. Fundador de la Unión de Escritores de Zimbabwe, de la que fue presidente entre 1984 y 1992. Su escritura surgió como una manifestación del rechazo al colonialismo; se inspiró en la guerra de liberación de la que fue testigo como docente de secundaria. Obras: *Y ahora los poetas hablan* (1981). *En pie de guerra* (1982). *Las colinas rojas de casa* (1984). *Huesos* (1988). *Sombras* (1991). *Cuentos Shebeen* (1989). *Arcoiris en el polvo* (1997). *Guardianes del suelo* (1997). *Ancestros* (1997). *Buscando desesperadamente Europa* (2003). *Palabrería final* (2003). *Poesía ciega* (2004). *Las llaves de Ramb* (2004)



Parlamento de los niños

La madre se sentó
con el hambre entre sus manos
y ahogó el amor en sus ojos.
Luego las moscas vinieron
a cantarle
repulsivas canciones al oído.
Nosotros escuchamos
la inagotable historia
De la lucha y el hambre.

Pero la Madre no cantó
al llegar el tiempo del canto
En la historia popular.
Ella sólo señaló a las moscas
Y nos pidió
que tarareásemos
la misma canción
musitada por las alas.
Cantamos la canción alada
mientras nos uníamos
en la búsqueda.

Mosca y niño
unidos en una
misma canción
Madre y hojas
caídas al tiempo
padre ausente,
desconocido.

Mientras ella
sondea los zumbidos,
juntos los seguimos
Creamos unión
para develar los motivos
de la mosca y el niño.

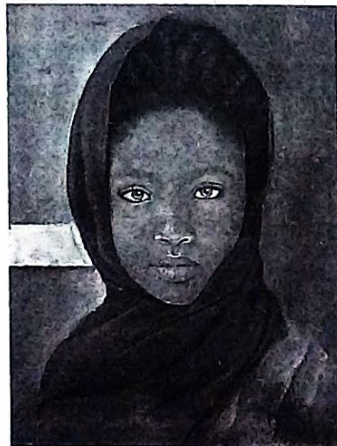
Así, en nuestros corazones
Están las vaporosas
huellas de la mosca
Cuyas alas
nos contaron historias
Del sentido de la vida
y de a quién pertenecemos.

—Escuchamos en la radio
que hay una crisis—
los miembros del parlamento
exigen mayores salarios
Y nosotros
no somos tomados en cuenta.
Al menos estamos a salvo
de promesas ahogadas.

Habremos de debatir
a cámara abierta
con profusión de enfermedades
como Símbolo
del electorado de las tumbas
y tasas demográficas
ascendentes
como símbolo del electorado
de los sobrevivientes.

Perros-gatos-ratas-moscas
Perros-gatos-ratas-moscas
Envíen emisarios a esta cámara
Aunque el debate
se tome melancólico
¡Extravíos del lenguaje!
¡Hacen falta espacios!
—Simple ausencia
de orden en el recinto—

Luego compartimos
nuestros haberes:
Desde bolsillos llenos de sangre
hasta parlamentos de polífticos
Juntos sobrevivimos
Al núcleo de largas sesiones
y caducos proyectos de ley
que ahora reptan
donde ayer hubieron de correr.



Las rojas colinas del hogar

El Padre creció aquí
sintonizando el corazón
con el sonido del búho
de las húmedas y verdes colinas,
más allá,
el águila nadaba en el aire
mientras mamá hormiga cargaba
una desconocida víctima
hacia un escondite conocido
demarcado
en la vecina tierra familiar.

Aquí crecí,
el padre murió bajo tierra
hace siete estaciones
y las noticias del sepelio
fueron lo único por sepultar.
Ahora el águila implume
como carne soasada,
proclama
la miseria de los cielos.
Mamá-hormiga jamás
sale a la superficie,
Para el padre
suficiente carne hay abajo.
Las verdes colinas del hogar
han muerto,
Rojas colinas
atraviesan los cielos
y las sucias casas
de los peones
viven bajo la amenaza
del bulldozer
Ayer Sabhuku Mannyonga
sintió la opresión
De manos musculosas
contra su pecho
Y ahora vive
en el exilio ebrio.

Rojas colinas han vuelto
con heridas cuya pus
sofoca al peón
su pequeño hijo duerme
conociendo
solo frágiles sueños
de gozosos reflejos de luna.
Muriendo también
están las canciones
De las estaciones
que el padre
alguna vez cantó

Rojas colinas
y el humo del trueno humano
Saquea la tierra bajo contrato.

Si el padre emergiera
de entre los muertos
seguramente no conocería
el verdadero hormiguero
que abraza su sangre
sepultado
con el cordón umbilical.
Aquí, sobre este campo
una vez la tierra
yació preñada
mas ahora
la sagrada colina sangra
despojada incluso
de su buen nombre,
sus vacas sagradas
son ordeñadas
por manos agobiadas
y hambrientas
cuyas bocas
devoran hombres
tragados por la garganta
del gigante de Eerie
sentados donde alguna vez
fluiste tú
en serena agua bendita.

Rojas colinas
y el aroma del exilio,
Chipó murió esta mañana
no más cantos funerarios
desgarrando el aire
tampoco nos sentimos
seguros de sepultarla
sabiendo que mañana
el bulldozer vendrá
a esparcir
estos huesos famélicos.

Rojas colinas,
y el aroma del exilio
Exilio que respira
sobre nuestros hombros
en una carrera
que luce ya desesperada
Rojas colinas,
y el pulso del exilio
que nos dice que este
no es ya nuestro hogar.

El teatro en la Audiencia de Charcas

Adolfo Cáceres Romero, Oruro, 1937. Escritor, profesor e investigador

Primera de dos partes

Creemos necesario recordar que el territorio audiencial corresponde a la actual República de Bolivia. El hecho de que la mayoría de los investigadores e historiadores de las letras nacionales hubieran ignorado la existencia del teatro colonial, de expresión española, nos muestra, por una parte, la poca importancia que le han asignado a ese género y, por otra, la dificultad de acceder plenamente a esas fuentes.

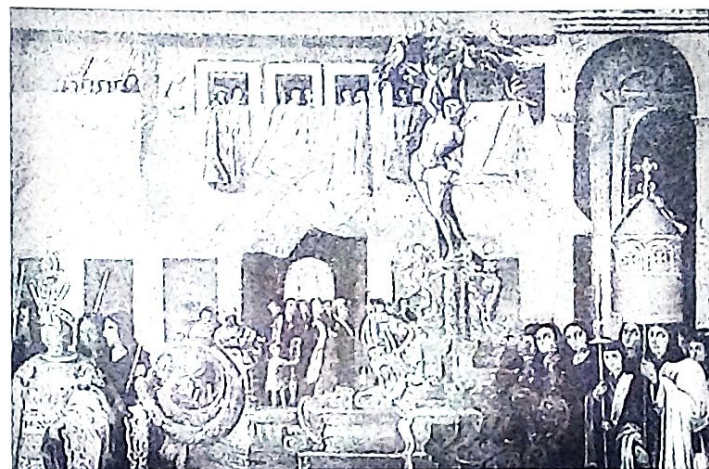
Conjugando ambos aspectos, los historiadores se han concretado a estudiar la poesía lírica, la crónica y la historia como únicos géneros representativos de ese período.

Desde luego que con un poco más de buena fortuna, nosotros procuramos una aproximación que nos permita elucubrar con mayor amplitud el desarrollo del género teatral entre los siglos XVI-XVII y XVIII.

Lo primero que nos interesa fijar es la distinción entre la representación de obras teatrales en la región audiencial y la creación de las mismas, aunque muchas de esas obras, motivadas en nuestro ambiente, fueron escritas lejos de este territorio.

Asimismo, cabe aclarar que la situación de los dramaturgos indios o criollos era verdaderamente difícil, como nos lo hacen ver los investigadores Kathleen Shelly y Grinor Rojo, cuando dicen:

"Contraria a la situación en España, el hacer comedias para ganar dinero no parece haber sido una posibilidad real en la colonia. Es cierto que hubo corrales públicos, pero la mayoría de las piezas que en ellos se representaban eran españolas y lo mismo se puede afirmar con respecto al origen de los actores y 'autores' (directores, casi empresarios) de las compañías."



Estos últimos, en cuyas decisiones influían los hospitales que se beneficiaban con los ingresos del corral, apostaba sobre seguro; su selección consultaba sólo aquellas piezas cuyo éxito se hacía infalible. El público gozaba con las invenciones de los grandes del Siglo de Oro español y eso era lo que los "autores" estaban dispuestos a darle.

Por lo común, las compañías estrenaban tres o cuatro comedias cada mes, las más recientes de España si así era posible. El río de pliegos provenientes de las casas de los libreros españoles parecía no tener fin. En Lima, y probablemente también en México, el dramaturgo americano que quería ver una obra suya sobre las tablas, estaba obligado a hacer frente a los costos de producción."

En cuanto a las representaciones se trata, los testimonios de Arzans y Vela son por demás reveladores, al igual que las conclusiones de Maric Helmer, respecto al teatro en la Villa Imperial de Potosí, entre los años de

1572 (llegada del Virrey Francisco de Toledo a esa Villa) a 1637. Arzans y Vela, tanto en sus *Anales* como en su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, nos habla de la importancia del teatro no sólo como pasatiempo, sino como actividad destacada para realzar los fines de semana y los días festivos de la mencionada villa que, por otra parte, debido al auge de la plata, pasó por los momentos más vibrantes y sangrientos de su historia.

Muy pronto llegó el teatro a Potosí, precisamente porque entre los siglos XVI y XVII pasó a constituirse en uno de los centros urbanos más populosos e importante del Mundo Nuevo. Arzans y Vela nos dice en los *Anales* que, hacia 1656 "había cuatro compañías de farsantes, y representábanse en su gran coliseo lucidas comedias todos los domingos y días de fiesta; y de sólo entradas, cada comedia importaba tres o cuatro mil pesos de a 8 rs, sin los balcones y demás asientos, que era una gran renta para los pobres del Hospital Real, pagando por cada balcón, donde había una familia, 4 o 5 pesos de 8 rs"; aspecto que nos hace ver que algunos menesterosos —que no eran indígenas, desde luego— no estaban tan abandonados como comúnmente se cree, y que el teatro solventaba su mantenimiento.

Es de advertir que en el siglo XVI dos modalidades teatrales son características: una, emergente del teatro religioso-allegórico, de procedencia medieval y, otra, emergente del teatro secular que se desarrollaba en la península ibérica, en el siglo XVI; o sea que la una forma parte del teatro misionero y la otra constituye el teatro que se dirige fundamentalmente a la población española y criolla.

Asimismo, según observan Kathleen Shelly y Grinor Rojo, en este mismo siglo XVI:

"Por lo general los críticos

las separan (las representaciones) entre grupos: las de teatro misionero, las de teatro escolar y las de teatro criollo", lo que no implica que sólo el teatro misionero —casi siempre destinado a los indígenas americanos— se ocupe de los asuntos de carácter religioso, dado que casi toda la producción dramática de este período gira en torno a los asuntos que tratan sobre la doctrina católica imperante.

Los mismos Shelly y Rojo, en su estudio sobre *El teatro hispanoamericano colonial*, dicen:

"Los recursos últimos del dramaturgo criollo eran el teatro de convento y el teatro escolar. Limitado obviamente a los residentes del monasterio del caso, el primero se hacía con piezas breves sobre asuntos de interés para la comunidad religiosa.

El segundo, en cambio, contaba a veces con un público más diversificado, compuesto por la clase alta española y criolla. En cuanto al contenido de las piezas del teatro escolar, versaban habitualmente sobre las vidas de los santos predilectos de la Compañía de Jesús."

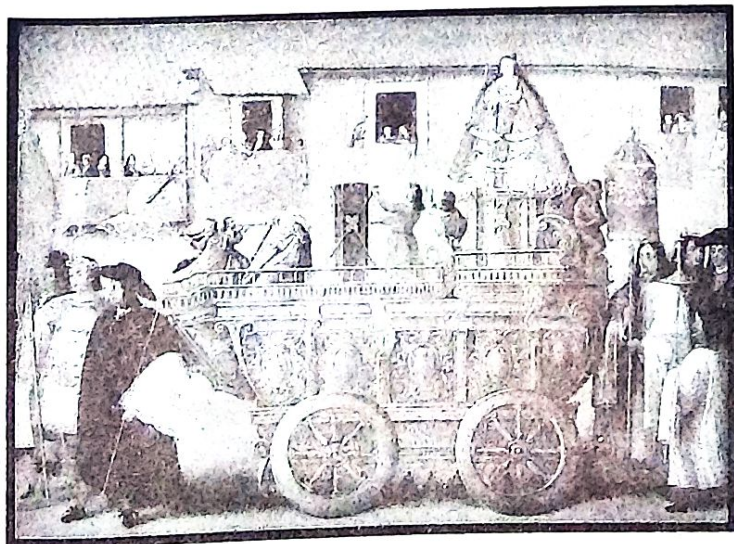
Algo que es importante destacar es que el teatro colonial hispano de los siglos XVI y XVII, en sus inicios barrocos, como expresión nacional, al apartarse de las motivaciones greco-latinas, sigue los modelos de Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Hacia 1609, Lope de Vega desarrolló su concepción dramática en su *Arte de hacer Comedias*, donde en una parte destacada por sus críticos dice:

"Verdad es que yo he escrito algunas veces siguiendo el arte que conocen pocos; mas, luego que salí por otra parte, veo los monstruos de apariencias llenos, adonde acude el vulgo y las mujeres, que este triste ejercicio canonizan, a aquel hábito bárbaro me vuelvo; y cuando he de escribir una comedia, encierro los preceptos con seis llaves; saco a Terencio y Plauto de mi estudio, para que no me den voces; que suele dar gritos la verdad en libros mudos; y escribo por el arte que inventaron los que el vulgar aplauso pretendieron; porque, como la paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto.

Ya tiene la comedia verdadera su fin propuesto, como todo género de poema o poesía, y este ha sido imitar las acciones de los hombres y pintar de aquel siglo las costumbres. También cualquiera imitación poética se hace de tres cosas, que son: plática, verso dulce, armonía, o sea, la música, que en esto fue común con la tragedia; sólo diferenciándola en que trata las acciones humildes y plebeyas, y la tragedia las reales y altas; mirad si hay en las nuestras pocas faltas."

Continuará





La Rabona

Josefmo Murillo Vacarezza



Primera de cuatro partes

(I) En estos últimos años todos presenciamos y somos protagonistas de los muchos cambios que experimenta la sociedad en todas partes del mundo; es probable que esa conjunción de movimientos masivos y acelerados hubiera ocasionado una era crítica en la que existen desequilibrios de concepto, de acción, de ideas y de interpretaciones.

Como es natural, dentro de esos cambios se halla la mujer que en pos de una total emancipación, a pesar de sus congresos parciales y universales, no la ha logrado aún, porque todavía falta remover en las mentes cierta sedimentación de ideas, que sólo se ha clarificar cuando adquiramos nuevos modos de comprender, no la propia vida sino la ajena, dentro de un grupo, de un sector, de un estamento o de una clase en el espacio amplio de la sociedad en su conjunto. Gravitan todavía muchos prejuicios, divisiones, situaciones que, al mantener algún sentimiento de misonerismo, demoran la penetración de enjuiciamientos que deben producirse despojados totalmente de anacronismos.

Cuando el pensamiento se dirige a estimar las circunstancias en que la mujer

asume actitudes de significado social, ese pensamiento tiende a limitarse en el circunscrito campo del grupo dentro del cual estamos ya ubicados, y eso hace difícil para la mayor parte de las personas valorar la actuación de los grupos que son ajenos porque el etnocentrismo, o modo equivoco de traducir lo extraño o insólito, aún persiste en algún grado de hermetismo en la estructura, sea de clase o de jerarquía, que nos obliga a aplicar nuestro típico cartabón a los que consideramos que es una estratificación social de menos valor. Esto es válido en mucho todavía cuando tenemos que enjuiciar las actitudes de la mujer en las diversas áreas donde pervive.

Nosotros hemos heredado de la colonia un sistema de estratos sociales cuya impenetrabilidad se mantuvo hasta que concluyó el siglo XIX, y que consistió en ubicar al indio en lo más sumergido de esa escala impidiéndole todo ascenso, en poner sobre él el estrato de lo mestizo, ambos sobre la presión de una clase media, y asentada en la cúspide el escrupulo pasado nobiliario que nos dejó como una impronta el sistema de poder y privilegio de esa herencia de falsa segregación étnica, que sólo era permisiva para una movilización horizontal en el parera propia de cada sedimento social. Este fue también un fenómeno universal que se acentuó en el colonialismo ejercido por los países occidentales en el siglo pasado, y que ha dejado vallas todavía resistentes. Quizá encontremos aquí parte de la explicación de que ciertas estructuras dentro de las que la

mujer realiza su existencia le permiten cierta promoción en ese ámbito, mas ya no en el ajeno.

Pero, desde comienzos de este siglo la dinámica de las estratificaciones, movida precisamente por el fenómeno de la movilidad vertical, ha quebrado los hermetismos, ha invadido a las capas que se consideraban superiores y se ha trasfundido en ellas.

(II) Creemos necesario este exordio para predisponer una comprensión más humana y justa hacia un personaje que la narrativa histórica la ignora deliberadamente; ese personaje es la mujer anónima que casi nadie la cita ya que el sólo nombrarla podía manchar las epopeyas que parecieran ser privilegio de los hombres, y que en las épocas del siglo pasado era la víctima del mayor

desdén porque hasta los preconceptos éticos de esos días prohibían y condenaban la más simple alusión a ella.

Esta mujer que no tiene nombre sino sobrenombre, ha vivido en los episodios más difíciles de nuestra Patria, contribuyendo con su abnegación heroica a formarlas; es un ser que está sumido en el silencio del olvido y el anonimato. Ella ha dado su sacrificio, sus sufrimientos y su vida desde que se inició la lucha por la libertad y la independencia, y ha tenido su sitio y la tragedia de su tumba en los hechos más dolorosos de la propia existencia nacional: quedó oculta en los repliegues más recónditos de los avatares que Bolivia padeció en su afanosa necesidad de supervivencia. Quizá con su callado valor se hizo más heroica que las mismas legendarias mujeres de Numancia.

Apareció en cuanto al pueblo formó sus huestes guerrilleras para hostilizar y destruir a las fuerzas militares que sostenían el despotismo; estuvo al lado de los hombres de Manuel Ascencio Padilla y junto a Juana

Azurduy, con los combatientes de Wames, de Moto Méndez, de José Miguel Lanza, de Muñecas y de tantos otros que derrocharon su existencia en luchas sangrientas e incansables.

Invocamos testimonios y revelaciones de quienes vieron a estas mujeres en una diaria sorpresa, combatir como los hombres en todos los lugares donde la muerte se parapetaba en las breñas, los llanos, en los ríos y en las montañas.

En un extenso y sobrecogedor documento descubierto por Gunnar Mendoza en los archivos históricos que tiene a su cuidado, y que ha denominado "Diario de un soldado de la Independencia Alto Peruana en los valles de Sicacica y Ayopaya, del Tambor Mayor Vargas" y que se publicó en 1952, está una parte del heroísmo de esa pobre y admirable mujer cuyo supremo holocausto deseamos que se difunda en la memoria, porque ahora la mente de las generaciones de nuestro siglo ha de reivindicarla.

Mendoza, para ponderar esa lucha guerrillera que no daba cuartel a hombres ni mujeres, dice en algunas partes preliminares a ese "Diario" del Tambor Mayor Vargas:

"La verdad entrañable de la lucha emancipatoria alto peruana, guerra de facciones, callada, opaca, sin cosas ni personas espectaculares, pero al mismo tiempo inexorable, eterna, fatal, cuya grandeza heroica emana paradójicamente de su propia pequeñez". "Si en la facción hay gente de todas partes, la hay también de todas las edades, desde muchachos de 17 años hasta viejos de 70". "En fin, las acciones bélicas no parecen estar restringidas al varón en esta guerra extraña. Y si bien, sin constituir no mucho menos ejemplares como de la famosa amazona patriota doña Juana Azurduy de Padilla, hay encuentros donde queda una mujer muerta, y en otro mueren 16 hombres y dos mujeres". "Serían aquella humildes rabonas o vivanderas, aventuradas junto con la tropa en los riesgosos repliegues de los valles".

Continuará

Josefmo Murillo Vacarezza. Oruro, 1897-1987. Escritor, periodista, investigador, catedrático y abogado. Doctorado en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Director del semanario "Vamos a Ver" y del Instituto de Investigaciones Sociales. En narrativa ha escrito *Agua fuertes del altiplano* (1946). Ensayo: *Hacia la universidad boliviana* (1942). *La canción popular en Bolivia* (1984) y *Oruro* (1987). "La rabona, una historia para una mujer sin historia", que El Duende se honra en publicar, forma parte de su estudio *La pollera* (1982). A propósito de su obra, en 1942, el dramaturgo potosino Saturnino Rodrigo manifestó: "Murillo Vacarezza es una de las figuras más interesantes del Oruro intelectual. Hizo sus estudios superiores en La Paz, ciudad en la que le tocó actuar en el periodismo con singular acierto y valentía, pues algunas de sus campañas le valieron no sólo la protesta airada de los palatios, sino, también, la agresión y el destierro".